



COPPER

FRUTOS
DEL
DOLOR

PQ2211
.C3
F7

R. C.



1020026204

BIBLIOTECA EMPORIUM

N.º 8

FRUTOS DEL DOLOR



BIBLIOTECA EMPORIUM

VOLÚMENES PUBLICADOS

SERIE LITERARIA

- REYNÉS MONLAUR.—*El Rayo de Luz*, Escenas evangélicas.
P. R. DEL VALLE RUIZ, O. S. A.—*Mis Canciones*, Obras poéticas.
REYNÉS MONLAUR.—*Después de la hora nona*, Narración de los tiempos apostólicos.
REYNÉS MONLAUR.—*Mirarán hacia Él*, Episodios evangélicos.
ROBERTO HUGO BENSON, PBRO.—*El Amo del mundo*.
FRANCISCO COPPÉE.—*Frutos del dolor*.
JUAN DE LA BRTE.—*Mi párroco y mi tío*.

SERIE HISTÓRICO-BIOGRÁFICA

- ;*Sursim Corda!* CARTAS DE LA CONDESA DE SAINT-MARTIAL (SOR BLANCA, HERMANA DE LA CARIDAD).
EUGENIA DE GUÉRIN.—*Diario y fragmentos*.

VOLÚMENES EN PREPARACIÓN

SERIE LITERARIA

- ENRIQUE BORDEAUX—*El miedo á la vida*.
ROBERTO HUGO BENSON, PBRO.—*La tragedia de la Reina*.
 .—*Los sentimentales*.
PABLO BOURGET—*Un santo*.
REYNÉS MONLAUR—*Almas celtas*.
 .—*Jerusalén*, Impresiones de una peregrina.
P. BRUNO DESTREFF, O. S. B. —*En medio del camino de la vida*.
ENRIQUE ARDEL—*Mi primo Guy*.
CARLOS DE VITTIS—*La novela de una obrera*.
A. B. ROUTHIER—*El Centurión*, Novela de los tiempos mesiánicos.

SERIE HISTÓRICO-BIOGRÁFICA

- S. S.—*Una Religiosa Reparadora*.
MGR. BAUNARD.—*La fe y sus victorias*.
Diario de una proscrita, con prólogo de FRANCISCO COPPÉE.
MARQUÉS COSTA DE BEAUREGARD.—*Predestinada*.

FRANCISCO COPPÉE

DE LA ACADEMIA FRANCESA

FRUTOS DEL DOLOR

TRADUCCIÓN AUTORIZADA

HECHA SOBRE LA CENTÉSIMA QUINTA EDICIÓN

POR

G. R.

ILUSTRACIONES DE M. OLLER

CON LICENCIA



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BARCELONA

GUSTAVO GILI, EDITOR

CALLE UNIVERSIDAD, 45

MCMX

86158

29847

PQ2211

.C3

F7

ES PROPIEDAD
Derechos reservados

Á mi sabio y piadoso amigo
el
Abate Bouquet
Capellán del Liceo de San Luis
y Profesor honorario de la Facultad de Teología

In Christo Patri Filius
F. C.

843
C.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

*Infirmas haec non est ad
mortem, sed pro gloria Dei.*

JOANN., XI, 4.

PRÓLOGO

Durante el año último, después de graves quebrantos de salud que me pusieron por dos veces en inminente peligro de muerte, volví á las prácticas de la religión católica que tenía enteramente abandonadas desde los remotos días de mi adolescencia.

Escribía yo entonces un artículo semanal en cierto periódico de París, tratando los asuntos más diversos, según lo pedía el capricho de mi imaginación.

En todo el tiempo que duró mi larga enfermedad seguí colaborando en *Le Journal*, no obstante mis crueles padecimientos; así es que casi todos los artículos que publiqué en 1897 fueron escritos en la cama, con mano febril, recostado en la almohada, en la incómoda postura de un inválido, agarrotado por los vendajes como una momia del antiguo Egipto.

La benevolencia con que acogía el público mis artículos no se debía tanto á los méritos del autor—si es

que por ventura tiene algunos,—como á su sinceridad. Por espacio de cinco años había yo comunicado á mis lectores cuanto pensaba y sentía, con una franqueza que mis amigos habían tachado alguna vez de excesiva. Nada, pues, tiene de extraño que mis escritos de la época aludida reflejasen el influjo de los nuevos sentimientos que me conmovían el alma durante el período más crítico de mi enfermedad.

Algunas personas, cuya opinión merece todos mis respetos, me aconsejan hoy reunir en un libro las páginas dispersas donde está descrita mi conversión; y he ahí el motivo de salir á luz la presente obra.

En vano se buscaría en ella un plan preconcebido, puesto que es una simple colección de trabajos periódicos; mas aun así, espero que despierte alguna simpatía en las almas cristianas, y que acaso no sea del todo inútil para aquellos—por desgracia numerosos—que habiendo perdido en su juventud las creencias religiosas, las echan de menos al declinar su vida, sin sentir, no obstante, el valor necesario para pedirle á Dios que les devuelva tan precioso tesoro.

Para ellos principalmente, para esas almas vacilantes que no hallan en la duda la blanda almohada de que habla Montaigne, y que están, por decirlo así, en los lindes de la fe, coloco, al principio de mi libro, un sencillo relato de la revolución moral que acaba de verificarse en mi persona. Por largo tiempo he padecido la dolencia que á ellos les aflige; natural es que les

brinde ahora con el remedio que me ha devuelto la salud.

En mi niñez fuí educado cristianamente y, después de hacer la primera comunión, cumplí durante algunos años mis deberes religiosos con sencillo fervor. Declaro francamente que si más tarde mi piedad se enfrió, la causa de ello estuvo en la crisis de la pubertad y en la vergüenza que me causaba la profesión pública de ciertas ideas. Muchos de los que se han hallado en iguales circunstancias reconocerían, si hablasen con sinceridad, que lo que al principio les alejó de la religión fué la disciplina severa que á todos nos impone en cuanto á la guarda de los sentidos; y que posteriormente, para ahorrarse la molestia de los remordimientos, han pedido á la razón y á la ciencia argumentos más ó menos sofisticos que calmasen los latidos de su conciencia.

Tal fué, al menos por lo que á mí hace, la marcha de las cosas. La falsa vergüenza me retrajo de la devoción; y sólo por falta de humildad (á la que sin vacilaciones califico de la virtud más necesaria de todas), abandoné las prácticas piadosas. Dado este primer paso, mis lecturas, mis conversaciones, y especialmente los numerosos ejemplos que veía en torno mío, bastaron para persuadirme de cuán natural y justo era que el hombre saciase los apetitos de su orgullo y sensualidad. Dejaron, por lo tanto, de darme en qué pensar las cuestiones religiosas, y me eché en brazos de

la indiferencia. Mi caso, como se ve, fué de lo más vulgar que puede darse; algo así como la deserción del soldado, que se cansa de la disciplina militar. Yo no odiaba, en verdad, mi bandera; pero huí cobardemente de las filas y la olvidé.

Ahora que he recobrado mis creencias, dudo que las hubiese nunca perdido del todo. Se podrán hallar en mis obras algunas páginas, que hoy repruebo, en las cuales traté las cuestiones religiosas con tonta ligereza y culpable atrevimiento; pero no se hallará en ellas ni una blasfemia.

Cuando por casualidad entraba en una iglesia, el respeto se apoderaba de mí en los umbrales y me acompañaba ante el altar. Las ceremonias litúrgicas me conmovían por su carácter de venerable antigüedad, por la armonía de su pompa y el fondo de poesía solemne y conmovedora que en ellas se encierra. Nunca mojé mis dedos en la pila del agua bendita, sin sentir circular por todo mi sér el escalofrío de cierto vago remordimiento.

Sí; cuanto más pienso en ello, más me afirmo en la convicción de que la fe cristiana estaba sólo dormida en mi alma; y así parece probarlo la resignación con que acepté siempre los sinsabores y las desgracias de la vida. Hace tiempo que se me tiene por uno de los hombres á quienes el mundo llama dichosos; pero mi juventud fué durísima: vime sumido en la pobreza, casi en la miseria, experimenté disgustos muy sensi-

bles, y no obstante jamás salió de mis labios el menor grito de rebeldía.

Beati mites, dijo el Salvador en el sublime sermón de la montaña. Efectivamente, yo he tenido la fortuna, al ver asomar de nuevo el dolor en el atardecer de mi vida, de que Dios dejase caer sobre mi corazón los rayos de su misericordia, y, olvidándose de lo mal que correspondí á los favores recibidos en el tiempo de prosperidad, me concediera los consuelos de la oración y de la fe.

Mi conversión—para darle su verdadero nombre,—sin duda fué rápida, pero ni se obró repentinamente, ni anduvo acompañada de circunstancias extraordinarias. Preciso es, sin embargo, remontar su origen al dedo de Dios; porque, al comparar con el de ahora el estado moral en que me hallaba hace algunos meses, siento una sorpresa tal, que la mudanza me parece en verdad milagrosa. El beneficio que yo he recibido todos pueden alcanzarlo: basta pedirlo con humildad y perseverancia.

Aunque no soy más que un poeta, un escritor que ha dedicado toda su vida intelectual á las tareas literarias casi exclusivamente, en varias ocasiones me dió miedo, como ha de sucederle á cualquier hombre sensato, al considerar el terrible misterio que encierra nuestra existencia, al preguntarme el por qué de la vida y de la muerte, la razón del dolor y de las lágrimas. A estos pavorosos problemas, es preciso confesar

que la razón humana sólo da soluciones inciertas y á menudo contradictorias; así, pues, ninguna me satisfizo. Las doctrinas que descartan la creencia en un Dios omnisciente y justiciero, suprimiendo á la vez las responsabilidades de ultratumba, me causaron siempre extrema repugnancia. Ante el espectáculo de tantas injusticias como se cometen en el mundo, he creído siempre completamente absurda la suposición de que los actos buenos y malos realizados por el hombre no hayan de tener consecuencia alguna fuera de esta vida. En una palabra: para mí, Dios no es tan sólo una realidad, sino una necesidad.

Crear en Dios y en la responsabilidad del alma es, sin duda, un *mínimum* de creencias cristianas; y no obstante, á pesar de la endeblesz del sentimiento religioso reducido á este grado, es, con todo, suficiente para retener á muchos hombres dentro del cumplimiento de sus principales deberes. Así pues, yo podía decir que vivía honradamente. Pero ¿qué mérito habrá en ello, perteneciendo á una familia de conducta intachable y no habiendo presenciado en la niñez más que buenos ejemplos?

Mi conciencia, sobre todo en los últimos años, se tornaba más exigente; siempre que pensaba en mi próximo fin y entraba en cuentas conmigo mismo, anticipándome al juicio de Dios, quedaba muy poco satisfecho. Al recordar mi vida pasada, más de una vez el rubor enrojció mi semblante y me sentí oprimido por

el peso de todas mis culpas. Por debilidad y por cobardía perseveraba en mi descuidada conducta; pero es indudable, repito, que en realidad no había dejado de ser católico, puesto que á menudo hacía *in mente* un acto de contrición, y no podía, sin sentir cierto espanto, ver morir á una persona fuera del seno de la Iglesia.

El Dios de indulgencia y de bondad me reservaba algo mejor que el miedoso y precipitado arrepentimiento *in extremis*.

En Enero de 1897 fuí á pasar algunos meses en Pau, huyendo del invierno de París por agravárseme en esta estación los padecimientos que me aquejaban desde hacía algún tiempo. Habiéndose complicado de improviso mi enfermedad, tuve que llamar á mi cirujano de París y sufrir una peligrosa operación. Eché de ver el peligro que entonces corría, y aun rogué á la monja que estaba á mi cabecera — y á quien consagro algunas páginas de este libro, — que, en caso de gravedad, no dejase de llamar á un sacerdote para confesarme. En aquella ocasión mi amigo el Dr. Duchastelet me salvó la vida, y ya no pensé más que en restablecerme y abreviar la convalecencia.

El aviso del cielo era manifiesto, pero no lo aproveché; y ahora me estremezco al recordar mi punible abandono é insensata ligereza. Para que se vea el olvido de toda idea religiosa en que entonces estaba sumida mi alma, he querido poner en este volumen el capítulo intitulado *Campanas y lilas*; lo escribí algu-

nas semanas después de mi regreso á París, cuando me hallaba todavía convaleciente. En él verán los lectores que el día de Pascua del año pasado me era aún dable pasar por delante de una iglesia sin sentir deseos de entrar en ella. No pensaba entonces que al llegar la misma época del año actual, había de comulgar humildemente, cumpliendo el deber de todo buen católico.

La mejoría lograda en mi enfermedad mediante la operación, fué bien efímera. A principios de Junio una nueva y más seria intervención del bisturí me detuvo otra vez al borde del sepulcro, si bien me condenó á pasar largo tiempo en completa inmovilidad. Algunos de aquellos días fueron terribles para mí; y entonces, sólo entonces, se apoderaron de mi espíritu ciertos graves pensamientos. Cuando pasé escrupulosa revista á mi conducta anterior, quedé horrorizado de mí mismo..., y esta vez sí que recibí la visita de un sacerdote, la de aquel á quien va dedicado este libro.

Conóciale yo muy de atrás, pero superficialmente. Al encontrarle de vez en cuando en casa de algún amigo, me sentía atraído por la exquisita dulzura de su carácter y la rara elevación de sus sentimientos. Hoy es uno de los amigos que más amo en el mundo, mi querido consejero, el íntimo confidente de mi alma, mi padre espiritual. Me confesé con lágrimas del más sincero arrepentimiento y recibí con la absolución un consuelo inefable; pero cuando el confesor me propuso que comulgara, vacilé lleno de turbación,

reconociéndome indigno de recibir en mi pecho á Jesús Sacramentado. Como el peligro de muerte no era inminente, el santo varón no insistió.

—Orad solamente, me dijo, y leed el Evangelio.

Durante los meses que he permanecido postrado en cama ó recluído en mi habitación, he vivido con el Evangelio en la mano. Poco á poco sus líneas se han ido iluminando ante mis ojos con los fulgores inconfundibles de la verdad, y en cada página evangélica he visto brillar con fúlgidos destellos la infalible inspiración divina. ¿Cómo dudar de los milagros y de los misterios, cuando en mí veía efectuarse una transformación tan profunda é inexplicable? En efecto: mi alma estaba ciega á la luz de la fe, y ahora ve claramente su resplandor sublime; estaba sorda á la palabra de Dios, y ahora la oye sonar, llena de persuasiva dulzura; estaba paralizada por la indiferencia, y ahora bate poderosamente sus alas y se remonta á lo más encumbrado de los cielos, libre ya para siempre de los impuros lazos que la tenfan esclavizada.

Encogeos de hombros si os place, orgullosos campeones de la falsa ciencia: ¿qué me importa lo que podáis pensar de mí? Ni siquiera os preguntaré cómo explicáis que la palabra de un humilde artesano de Galilea, confiada á unos cuantos hombres ignorantes y por ellos propagada en el mundo, resuene victoriosamente, desde hace diez y nueve siglos, por toda la tierra. Me basta saber que esta misma palabra, escu-

chada y comprendida por mí en los días de prueba, tuvo la milagrosa virtud de endulzorar mis dolores. He salido de mi enfermedad muy quebrantado, y sé que probablemente estaré sujeto hasta mi muerte á las molestias de una vejez penosísima. No obstante, desde que he leído y meditado el Evangelio, mi corazón no tan sólo está resignado sino lleno de calma y de valor. Hace dos años, cuando, á pesar de mi buena salud, sentí llegar los primeros síntomas precursores de la vejez, me espantó la perspectiva de mis últimos días con su inevitable cortejo de achaques, tristezas y añoranzas. Hoy, que he llegado prematuramente á la ancianidad, siento, no obstante, una fortaleza muy cercana á la alegría; y si en realidad no hago nada para atraerme los padecimientos ni la muerte, tampoco los temo desde que el Evangelio me enseñó el arte de padecer y de morir.

El bien que he podido hacer durante mi vida—porque al fin y al cabo no llegué nunca á la perversidad,—me ha sido recompensado por Dios con esplendor, conservando en mi corazón una semilla de ingenuidad y de inocencia que ha llegado á germinar al fin de mis días, y me ha permitido leer el Evangelio en la forma que debe ser leído: con la inteligencia del corazón, *mente cordis sui*, como dice el evangelista San Lucas. Obligado á recomenzar mi educación religiosa, he leído, naturalmente, al mismo tiempo que el Evangelio, muchos otros libros de grato y provechoso con-

tenido; los santos y los doctores han levantado ante mis ojos el velo que cubre algunos misterios, iluminándolos con la doble antorcha de la ciencia y la razón. No hay duda que tales lecturas me han sido utilísimas, lo mismo que las enseñanzas del virtuoso y sabio sacerdote que tomó á su cargo la dirección de mi vida espiritual. No obstante, confieso ingenuamente que mi cabeza es un poco refractaria á la Teología. Conocedor de mi ignorancia, no he osado internarme en las oscuras profundidades del dogma; he preferido meditar sobre las páginas del Evangelio y rogar á Dios ardientemente que me concediese la fe sencilla de los humildes, haciéndome semejante á los niños. Jesús quería que los pequeñuelos pudieran siempre acercarse á Él; Jesús dijo que sólo aquellos que se asemejasen á los niños entrarían en el reino de los cielos; por esto he procurado oír la palabra divina con la misma sencillez de espíritu que los pescadores del lago de Tiberíades, á quienes predicaba Jesús desde la proa de una barca. No he tratado de resistir al imperioso deseo que me arrastraba hacia Dios; me he dejado guiar, he obedecido, y gozo ahora las delicias de las obediencia.

A fines de Octubre, al aproximarse la piadosa conmemoración que hace la Iglesia de los fieles difuntos, sellé definitivamente mi reconciliación con Dios. Lleno de fe y sumisión, recibí la Sagrada Eucaristía, asociando al solemne acto el recuerdo de los seres queridos que me esperan en la otra vida.

«Amigo Coppée —me dicen algunos con escéptica sonrisa, —después de su conversión, sigue usted siendo el mismo, al parecer.»

Estas palabras prueban una vez más cuán impenetrable es el hombre para el hombre; porque con sobrada claridad veo que no soy el mismo de antes. Es indudable que el rezar mis oraciones por la mañana y por la noche, el ir á misa los domingos y días festivos y el cumplir mis restantes deberes religiosos no han modificado apenas mi vida exterior. Pero, aunque no las lleve escritas en la frente, no por esto son menos reales las reformas que he conseguido efectuar en mis actos y pensamientos, así como la resistencia que opongo ahora á muchas tentaciones antes consentidas.

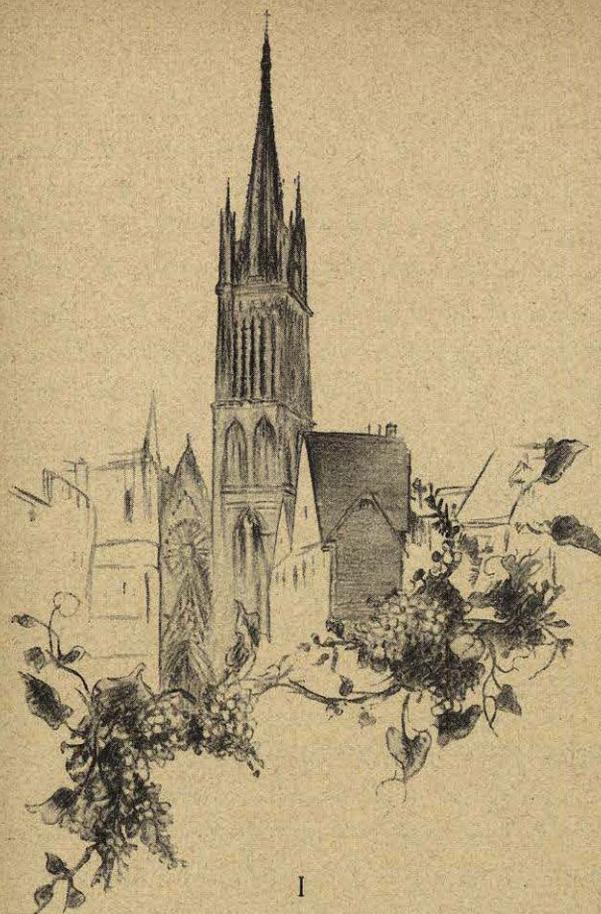
No extraño en lo más mínimo que los demás no me hallen mudado, porque mis progresos hacia el ideal cristiano, hacia la perfección moral, son todavía muy escasos. Sin embargo, procuro ser riguroso conmigo mismo; amo á los otros con un amor más perfecto, y me esfuerzo constantemente por adquirir la verdadera caridad. A pesar de mis recaídas en el pecado, á pesar de algunos postreros momentos de duda y sequedad de corazón, no me causo ya tanta repugnancia como antes; y á menudo, cuando pienso en el próximo fin de mi vida, siento una dulzura inefable que me admira.

Esta paz del alma se halla solamente en la religión; y nace de las prácticas piadosas y del examen de con-

ciencia. Para mí no hay horas más dulces que aquellas en que me dirijo á Dios y le ofrezco, con el arrepentimiento de mis pasadas culpas, mis buenos propósitos para lo futuro, pidiéndole la paz que nos tiene prometida para el otro mundo, de la cual su bondad nos concede en esta vida un dulcísimo presentimiento. No, no hay hora más feliz que la que consagramos á orar en presencia de Dios. ¡Benditos sean los dolores que á Él me han conducido! Ahora le conozco; el Evangelio me le ha revelado. Él es mi Padre, y puedo hablarle lleno de confianza, porque me oye con paternal ternura.

Estas páginas sueltas que hoy recojo, confesando una vez más que no merecen formar un libro, fueron escritas durante la crisis espiritual que sumariamente acabo de referir. Sé que cuando vieron la luz pública en el periódico lograron conmover algunos corazones y devolvieron á Jesús algunas almas que hacía tiempo le habían abandonado. Sentí por ello un noble y legítimo orgullo; pero el hecho no me maravilló, porque muchas almas disgustadas del materialismo triunfante, y desengañadas de las varias teorías filosóficas —que contienen acaso una parte de verdad, asequible tan sólo á un corto número de elegidos,—se sienten hoy suavemente atraídas por los brazos abiertos del Crucificado. La mayoría, sin embargo, contenidos por un resto de orgullo mundano, se detienen en los umbrales de la Iglesia. ¡Quiera Dios que estas

páginas les hagan comprender cuánta es mi felicidad desde que estoy en ella! ¡Quiera Dios que esas almas vacilantes se sientan arrastradas por mi ejemplo y mi profesión de fe!



I
Campanas y lilas

¡Campanas de Pascua! ¡Campanas de Pascua! ¡Cuán melancólicas sonáis bajo el diáfano cielo de Abril! Y vosotras, pálidas lilas de los antiguos arrabales de mi ciudad, ¿por qué derramáis sobre el paseante solitario este aroma que le llena de dolorosas añoranzas?